

MARÍA, LLENA DE GRACIA

Viernes, 30 de noviembre

Ha querido Dios, con su bondad y sabiduría, llevar a cabo la salvación de nuestro mundo, y así, “cuando se cumplió el tiempo envió a su Hijo, nacido de mujer, para que recibiéramos la adopción de hijos” (Gal 4, 4-5). El cual, por nosotros los hombres y por nuestra salvación, bajó del cielo y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen. Tal como acabamos de escuchar en el evangelio, sorprende que el ángel no llame a María por su nombre, por el que era conocida por todos los habitantes de Nazaret, sino que le designa con un nombre nuevo: “la llena de gracia”, la plenamente agraciada. Es el nombre que tiene María, desde toda la eternidad, en el corazón de Dios. Por tanto, lo que identifica a María es la “gracia”. María es la persona en la que se proclama de forma concreta que en la relación entre Dios y nosotros está la *gracia*, la gratuidad, no la necesidad. Dios se acerca a nosotros por amor, por pura gracia, de forma gratuita. María, con toda razón, puede hacer suyas las palabras del apóstol Pablo y decir: “por gracia de Dios soy lo que soy” (1 Cor 15, 10).

Tiene razón el ángel cuando le da un nombre nuevo: “la llena de gracia”. Los nombres de aquí abajo son etiquetas pegadas a la persona para diferenciarnos unos de otros. Pero con frecuencia no guardan relación con lo íntimo de la persona. Los nombres de Dios definen a la persona desde su más íntima peculiaridad. El saludo del ángel es también una declaración de amor. “Llena de gracia” indica el amor profundo de Dios a María. Que María está llena de la *presencia de Dios*. Y si está completamente habitada por Dios, no hay lugar en ella para el pecado. Cada uno de nosotros, nos recuerda el papa Francisco, mirando dentro de sí, ve algunos lados oscuros. También los santos más grandes eran pecadores y todas las realidades, incluso las más bellas, están tocadas por el mal: todas, menos María. Ella ha sido creada *inmaculada* para acoger plenamente, con su *sí* a Dios que venía al mundo, y comenzar así una historia nueva. Cada vez que la reconocemos *llena de gracia*, le hacemos el cumplido más grande, el mismo que le hizo Dios.

Ella es la elegida, la amada, la querida por Dios. No es extraño que la reacción de María sea la turbación. Lo subraya el evangelista Lucas: “ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel”. Ante el ángel, Zacarías se turba por su presencia y se llena de temor. María no. A ella solo le impresiona la declaración de amor.

En la *gracia* reside la mejor comprensión de María, su grandeza y hermosura. Porque María ha encontrado gracia ante Dios, es decir, su favor y complacencia, toda ella está llena de belleza y santidad. Es por eso que en ella hay ausencia de pecado y presencia de todas las virtudes. Dice el refrán castellano que “es de bien nacido ser agradecido”. ¿Cómo responder a la gracia de Dios? Viene en nuestra ayuda el apóstol san Pablo: “Doy gracias a Dios sin cesar por vosotros a causa de la gracia de Dios” (1

Cor 1, 4). Es decir, que a la gracia de Dios le debe seguir la *acción de gracias* del hombre. Pero dar gracias no significa restituir el favor de Dios. ¿Acaso podemos dar a Dios alguna contrapartida por lo que nos ofrece? No; dar gracias significa reconocer la gratuidad de Dios; no querer salvarse por sí mismo. Dar gracias significa reconocerse deudores, dependientes; significa dejar que Dios sea Dios. Esto es lo que ha hecho María en el cántico del *Magnificat*: dar gracias por lo que Dios ha hecho en ella. “Mi alma glorifica al Señor... porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí”. María devuelve verdaderamente a Dios su poder. Ella atribuye a la mirada de Dios, es decir, a su gracia, lo que de extraordinario está ocurriendo en ella, sin atribuirse mérito alguno. Hay una fuerte esperanza en la acción de Dios. María está convencida de que el Señor todopoderoso cambiará la suerte de esta torcida e injusta historia humana.

Ahora bien, ¿qué significa, para la Iglesia y para cada uno de nosotros, el hecho de que la historia de María comience con la palabra “gracia”. Significa que también para nosotros, al principio de todo, está la *gracia*, la elección libre y gratuita de Dios, su inexplicable favor, su salir a nuestro encuentro en Cristo para darse a nosotros por puro amor. Significa que la *gracia* es “el primer principio” de nuestra fe. Esto es lo que nos recuerda el papa Francisco cuando nos dice: “la comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha *primereado* en el amor; y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos” (EG, 24). *Gracia* es la palabra que resume por sí sola todo el anuncio cristiano y todo el Evangelio.

También para la Iglesia, al igual que para María, la gracia es la raíz de su existencia. La salvación, en su raíz, es gracia y no resultado de la voluntad del hombre. Así pues, María recuerda y proclama a la Iglesia esto en primer lugar: que todo es *gracia*. El mayor error que podemos cometer es pensar que se puede prescindir de la gracia, que nos bastamos a nosotros mismos, como tantas veces nuestro mundo quiere convencernos. “En el fondo, dice el papa Francisco, la falta de un reconocimiento sincero, dolorido y orante de nuestros límites es lo que impide a la gracia actuar mejor en nosotros, ya que no le deja espacio para provocar ese bien posible que se integra en un camino sincero y real de crecimiento. La gracia, precisamente porque supone nuestra naturaleza, no nos hace superhombres de golpe” (GE, 50). “Sin darnos cuenta, por pensar que todo depende del esfuerzo humano encauzado por normas y estructuras eclesiales, complicamos el Evangelio y nos volvemos esclavos de un esquema que deja pocos resquicios para que la gracia actúe (GE, 59).

La Iglesia, mientras peregrina en la tierra, levanta sus ojos a María y ve en ella el compendio de todas las virtudes cristianas. Ella es Evangelio en vivo. Su presencia nos estimula en la lucha cotidiana. Con su vida sencilla de aldeana de Nazaret nos da una gran lección: la santidad está al alcance de toda persona. No importa lo que hace, sino el amor con que lo hace.

Volvemos a María, la llena de gracia. Ella es invitada por el ángel a alegrarse a causa de la gracia y a no temer, a causa de la misma gracia. Y también nosotros somos

invitados a hacer lo mismo. Si María es el espejo en el que ha de mirarse la Iglesia, entonces a cada uno de nosotros se nos dirige esta invitación *¡Alégrate llena de gracia!* Y, también, *¡No temas porque has encontrado gracia!* Después de recibir la gracia de ser la Madre del Salvador no se quedó con aquel regalo; se sintió responsable y salió de su casa para ayudar a su pariente Isabel, que tenía necesidad de ayuda; realizó un gesto de amor, de servicio concreto, llevando a Jesús en sus entrañas. Y este gesto lo realizó diligentemente.

La *gracia* es la razón principal de nuestra alegría. Alegrarse por la *gracia* significa “buscar la alegría en el Señor” y en ningún otro fuera de él. No anteponer nada al favor y la amistad de Dios. Es necesario hacer lo posible por renovar cada día el contacto con la gracia de Dios que hay en nosotros. “Reaviva la gracia que hay en ti”, le recuerda el apóstol Pablo a su discípulo Timoteo. Se trata de entrar en relación con la persona de Cristo.

Son muchas las ciudades, las catedrales y los santuarios de la cristiandad donde se venera a la Virgen con el título de “Santa María de las gracias”. Antes de pedirle a la Virgen que nos conceda gracias hemos de pedirle que nos obtenga la Gracia, es decir, a Jesucristo, su Hijo. Las gracias que pedimos a la Virgen y por las que hacemos votos y novenas son, por lo general, gracias materiales para esta vida. Son las cosas que Dios da por añadidura a quien busca en primer lugar el Reino de Dios y su justicia, es decir, la Gracia. Honremos e invoquemos a María como nos lo ha revelado la Palabra de Dios: “Santa María de la Gracia”. Pidamos a la Virgen que nos ayude también a nosotros a llevar la alegría de Cristo a nuestros familiares, compañeros, amigos, a todos. Salgamos y vayamos con valentía y generosidad, para que todos los hombres y mujeres encuentren al Señor.